



EL ORDEN PÚBLICO

Ya suena a disco rayado. Pero tenemos que hablar nuevamente, y en tono mayor, del orden público.

Como punto de referencia recojamos un hecho, del que —inexplicablemente— no ha ofrecido comentarios la prensa de la capital.

En los mismos días de septiembre en que, primero los extremistas y por reacción los estudiantes cristianos, se apoderaron de varias Facultades de la Universidad de los Andes, un grupo de universitarios marxistas asaltó un pacífico establecimiento comercial de Mérida. Perseguidos por los agentes del orden público, los estudiantes se refugiaron en la Universidad. Un policía entró a perseguirlos. Uno de los ladrones, conocido extremista de la Federación de Centros, descargó fríamente el revólver y el policía cayó muerto.

Era uno más del número de doce policías y guardias nacionales asesinados en el mes de septiembre. Es extraño que este hecho, como tantos otros que se refieren a Mérida, no llegara a la prensa de Caracas. ¿Quién controla la información de Mérida? Es extraño que estos hechos —a ciencia y paciencia de las autoridades universitarias— se pasen de lado cuando se quiere dar volumen a otros mucho más explicables y secundarios.

El caso del policía muerto en la Universidad de Mérida es por muchos capítulos ejemplar: un índice, por sus implicaciones y circunstancias, del momento nacional.

Orden Público y bien común

No compartimos el criterio de los viejos economistas liberales para quienes el fin exclusivo del Estado era garantizar el orden público. El criterio justo reconoce que el Estado es el guardián del Bien Común, así, con mayúscula, y en toda su amplitud: hacer posible a todos los ciudadanos una actividad libre y ayudarlos a lograr la satisfacción de sus necesidades de orden temporal. Y en este sentido la garantía del orden público es una de las condiciones imprescindibles para el logro del Bien Común.

Venezuela entera está reclamando de su Gobierno mayor energía, positiva efectividad, menos palabras y más hechos en la represión de la violencia y en la garantía del orden público. Resulta en parte irritante, en parte cómico, el contraste entre las promesas enfáticas de los representantes de los poderes públicos y los logros ostensiblemente menguados contra la violencia.

Causas de la crisis, connivencias y colaboraciones

En el primer plano de los factores del desorden público están, sin duda, los comunistas y miristas de la **línea dura**. Los partidarios de la consigna china de la **guerra larga**. En la montaña y en la ciudad hay que crear el miedo, la desconfianza, la inseguridad. Y hablar al mismo tiempo de la ineficacia del Gobierno. Que los ciudadanos, que la economía nacional sufra merma, poco importa. Incluso ayuda a la revolución social, escala necesaria para llegar al poder.

Junto a ellos operan también —a veces, a sus órdenes; a veces, con autonomía— elementos del hampa vulgar envalentonados con la ineficacia de la represión policiaca y la lenidad de los tribunales.

Nosotros colocaríamos junto a ellos a los jueces —a veces, cobardes; a veces, tal vez conniventes—. Sin descartar a las autoridades universitarias, cuya actitud, algo más que tímida —en Mérida y en Caracas concretamente—, asombra y desconcierta. Para avalar este comentario bastaría el ejemplo inicial de este artículo, que queremos corroborar con este extracto periodístico:

"Veinticuatro horas después de ser libertados dos atracadores por un juez instructor del Estado Aragua, robaron un automóvil, asaltaron un sellado y se dieron a la fuga. Al dueño del vehículo lo encerraron en el maletero, pero logró identificarlos con facilidad al ser liberado por la policía."

Junto al hamponato gangsteril se asoma el hamponato burocrático. Asombrosamente, estos últimos hampones, evidentemente más peligrosos y eficaces, han recibido a veces como castigo un cambio de oficina. Los casos alcanzan gravedad progresiva. Un cajero se roba más de 300.000 bolívares en un Banco de Maracaibo. En Caracas desaparecen en otro Banco primero 70.000 y después 320.000 bolívares.

El pueblo comenta que el peculado no ha desaparecido. Se ha diluido. No se trata de beneficiarios aislados. Son auténticos equipos los enriquecidos milagrosamente. Cierto... en escala más modesta que en tiempo de Pérez Jiménez. Y hacen también sus viajes a Canadá, USA y Suiza. ¡Y habíamos disertado tan bellamente contra el peculado!

Un nuevo género de delincentes ha merecido en los últimos días amplia publicidad: "**En el Este crecen los Patotas.**" Jóvenes de las urbanizaciones de la alta y media clase, sin calor de hogar, sin ocupaciones y preocupaciones adecuadas, que de las actitudes exóticas y las travesuras intrascendentes han pasado con frecuencia a protagonizar hechos de repugnante irresponsabilidad e inmoralidad.

Una peligrosa carrera

La inmediata consecuencia de esta carrera creciente de desorden y violencia es el desprestigio de la democracia. Sus detractores inveterados alzan el grito al cielo y añoran, sin pudor, los días de Gómez o los de Pérez Jiménez. **Había orden. Había trabajo.** También es cierto que había cárceles y **Seguridad Nacional**. La democracia es una fruta exquisita y delicada y los que sinceramente la aprecian deben cuidarla celosamente. La mejor carrera hacia la tiranía es la anarquía social.

Pero nuestra reflexión central es muy otra. No descartamos la eficacia de la policía preventiva, como lo prueba el ejemplo del "23 de Enero". O una Ley, eficaz y severa, de Seguridad Pública. Mucho ayudaría también una revisión de nuestras leyes penales.

Pero el mal radica más hondo. **Falta calor de hogar,** dicen los patotas; **nos sentimos desamparados...** Y son los hijos de los ricos. ¿Qué dirán los hijos de los pobres?

Solucionar el complejo problema de la violencia con represiones físicas y alardes policíacos es querer tapar las goteras sin arreglar las tejas rotas.

Faltan hogares, sobre todo hogares cristianos. Faltan los principios morales. Se quiere construir una sociedad al margen de las verdades eternas del amor, la conciencia y la moral. Los defensores de la escuela laica tienen a la vista sus frutos. Sembraron vientos; cosechan tempestades.

M. A. E.